

CUENTO N° 121

TÍTULO: EL TAPÓN DEL DARIEN

SEUDÓNIMO: IGUELDO

AUTOR: JOSÉ ANTONIO MENDIZABAL ARAYA

Esa amistad es un dramático recuerdo para Bruno. Él creía efectivamente que Frann se moría y volvía a vivir a voluntad. Han pasado seis años, llenos de momentos mágicos y desenlaces inesperados.

Hace seis años Frann llegó a casa de la familia de Bruno quien tenía solamente nueve años en ese momento. Venía de Haití a trabajar a Chile, a esta tierra prometedora y esperanzadora. De los montes calvos de su patria, de sus bulliciosas, calurosas y densas ciudades, a la calma de un fundo y una gran casa en el sur de Chile. De una edad indeterminada, aunque según su documentación tenía 25 años. En ese plácido entorno, nacieron al atardecer largas conversaciones entre Frann y Bruno. El haitiano, que había nacido cerca de la frontera con República Dominicana, dominaba el español fluido, simpático y extrovertido de los dominicanos.

–Mamá, ¿qué es la muerte? –preguntó un día Bruno a su sorprendida madre, mujer voluntariosa, de carácter poco apacible.

–¡Qué dices Bruno, por Dios! –responde acalorada. –Es el fin de todo, unos se van al cielo y otros, al infierno.

–¿Uno se extingue? –pregunta nuevamente Bruno.

–¡No, por supuesto que no! –responde la madre. El cuerpo queda en la tierra y es el alma la que va al encuentro con Dios. ¿Por qué esas preguntas Bruno?

–Es que Frann va y viene de la muerte con su alma, su cuerpo y todo –responde insatisfecho el muchacho.

En Haití, al atardecer de cualquier día, montado en una bicicleta con solamente aros metálicos sin gomas, a guisa de ruedas, bajo un sol abrasador, entre cientos de pequeñas motos muy ruidosas, Frann se desplaza por las polvorientas calles de Cabo Haitiano. Acuclilladas, unas al lado de las otras, en una fila interminable se instalan las vendedoras de frutas y hortalizas, las *machann**. Ellas esperan, muchas veces en vano, un comprador para sus pocos productos. Frann se dirige al cuartel militar chileno donde ha sido contratado por los militares para que, acompañándolos en un carro militar, sirva de intérprete durante las rondas por la ciudad. Así, en un convoy, patrullan la ciudad. Frann conversa con los vecinos e informa a los militares chilenos. Una tarde, al llegar a un gran espacio que conforma una plaza, observan que un hombre desnudo, abucheado y apedreado por los transeúntes, trata de escapar cubriéndose la cabeza con las manos.

–Es un loco –explica Frann a los soldados chilenos. La situación era de aparente normalidad para Frann, pero no para una funcionaria de la OEA que, al pasar por allí, detiene su vehículo y protege al loco de las agresiones. Los militares intervienen para ponerlo a salvo de las pedradas. La locura, la enfermedad, el hambre, la vida y la muerte son elementos diarios en la vida del muchacho.

–Mi casa estaba al lado de un gran flamboyán, el árbol con flores de sangre, cerca de un río donde se funden grandes ollas de aluminio, relataba Frann a Bruno. –Yo solía divertirme, saltando de roca en roca, observando las fogatas de las fundiciones en la ladera del río.

Bruno escuchaba ensimismado los relatos de Frann, imaginando todo aquello tan lejano de su vida tranquila y sin contratiempos.

–Durante las fiestas patronales, íbamos a las cascadas sagradas para servir a los *Iwa**. Allí, siguiendo una ruta entre las cuevas se llega por detrás de las caídas de agua que son como una gran cortina frente a ti. Te desnudas y te bañas con mucho cuidado para no caer al vacío. El agua se lleva las enfermedades y la mala suerte, aleja a tus enemigos y limpia tu espíritu. –¿Es que tienes sucio tu espíritu, Frann? –se atreve a insinuar Bruno. –No, no me entiendes –responde fastidiado Frann. Fue allí donde aprendí a morir y salir de la muerte, en un encuentro con una *manbo** que era *cabalgada*, es decir poseída por un espíritu, por un *Iwa* que hablaba través de ella, y que a su vez se comunicaba con *Bondye**.

–¿Quieres que te enseñe a ir al más allá y luego vivir de nuevo, Bruno? –le pregunta Frann con una leve sonrisa. –¡No!, me asustas, Frann –responde escuetamente Bruno alejándose.

El sol de aquella tarde era calcinante, largas filas de haitianos caminaban cansinamente hacia la cumbre de una colina desprovista del verdor de pastos y arbustos. Hombres y mujeres, jóvenes, ancianos y niños iban rumbo a la catarata. Entre ellos Frann, quien con su hermano buscaban la sanación de dolencias crónicas padecidas desde su niñez y enmendar la suerte que les había sido muy esquiva. La larga fila, en un recodo del camino, hacía un alto y se detenía. Algunos se arrodillaban ante una *manbo* que, sentada sobre un tronco, atendía a todos estos peregrinos.

Era una mujer muy gorda, sudaba, y levantaba las manos acompasadamente, como acariciando la poca brisa existente. Era ciega, sus ojos de un color gris giraban en todas direcciones sin detenerse en nada ni nadie.

Al llegar el turno de Frann y su hermano, la *manbo* esbozó una amplia sonrisa, tomó la cara de Frann entre sus manos frías y húmedas, y le susurró unas palabras. La reacción del muchacho, de sorpresa y de admiración, fue instantánea. Una mujer comenzó a cantar y gritar moviendo su cuerpo al ritmo de su canto que poco a poco se volvía frenético. Poco a poco, unos cuantos se unían al baile y al canto elevando sus manos al cielo y golpeándolas entre sí. Comenzaba, al parecer, un ritual, y Frann y su hermano se unían al grupo participando en el canto. El *Iwa* había hablado a través de esta *manbo* y la comunidad lo percibía.

Sí, Bruno, –advierde Frann–, ella me dijo que yo debía salir de Haití y me enseñó, con su energía y su comunicación con el *Iwa*, la manera de ir al más allá, desaparecer de este mundo y luego volver. Así puedo vivir y no sufrir. Puedo alejarme de las tragedias y regresar. Tú también puedes hacerlo Bruno.

Esta conversación era seguida por la madre de Bruno quien oculta tras una puerta entornada no perdía palabra de lo que el haitiano relataba.

Así lo hice, Bruno, para salir del Tapón del Darién –dijo en voz baja Frann, señalando con un dedo una gran cicatriz en el pie. –Esta herida me la hice allí, es la mordida de una serpiente.

–¿Tapón del Darién, Frann?, ¿qué es eso? – pregunta impaciente Bruno.

— Antes de venir a Chile, mi hermano y yo quisimos emigrar a los Estados Unidos. Ya habíamos llegado a Colombia desde Santo Domingo. De allí con otros haitianos decidimos viajar a Panamá a través de lo que se llama el Tapón del Darién.

Son pocos los que salen de allí, Bruno. Es la selva más temida, espesa y plagada de alimañas, insectos, pumas y serpientes. Allí viven indígenas que no son

amistosos. A veces los migrantes contratan a bandoleros para que los guíen para salir de allí, pero muchos de ellos mueren asesinados.

Es tan densa, con tantos árboles, arbustos y plantas, que no se ve la luz del día. Los pocos senderos terminan en quebradas y riachuelos. Hace mucho calor y humedad, te hace estar siempre mojado.

Bruno lo escuchaba extasiado, era una pesadilla, sin embargo, cautivadora. ¿Cómo podía existir aquello?

Un día mi hermano cayó en una pequeña quebrada, rodó y se lastimó, quedó atrapado entre ramas y arbustos. Bajé a ayudarlo, como pude logré zafarlo de los árboles caídos que lo atrapaban. Al subir hacia el sendero por el que veníamos sentí que algo me aprisionaba fuertemente una pierna. El grito de horror de mi hermano me hizo reaccionar, era una enorme serpiente. Con la rapidez de un rayo ésta se desenroscó de mi pierna, sin embargo, antes de irse me mordió en un pie.

Mi hermano me acomodó en el gran hueco de un viejo árbol caído y partió en busca de ayuda. Pasaron, creo, algunas horas y apareció al fin con dos indígenas que hablaban algo de castellano. Me vendaron la pierna con hojas y hierbas, no sin antes pedirnos dinero.

Reanudamos la ruta por senderos a veces pantanosos. Los indígenas le habían informado que debíamos seguir por el sendero comúnmente usado por narcotraficantes. Cojeaba y mi andar era lento y mortificante. Comíamos frutos que ya habíamos aprendido a distinguir y el agua no faltaba.

Podíamos guiarnos por señales colgadas en los árboles, ropas, trapos y gorras eran dejadas por inmigrantes o por narcotraficantes que nos habían precedido. Había que seguir el curso de pequeños afluentes con el agua hasta la rodilla y a veces

resbalábamos en las piedras y caíamos una y otra vez. Pero el dolor en la pierna y mi estado de debilidad me impidieron proseguir. Mi hermano encontró nuevamente una oquedad entre las ramas, me recostó allí y partió nuevamente en busca de ayuda. Había entablado relación con unos narcotraficantes que, hábiles, conocían los caminos. Nunca volvió, al cabo de un par de días, como pude, reinicié el viaje y a poco andar lo encontré, con su cabeza en el lodo y un lazo en su cuello, muerto. Decidí entonces pasar al más allá, y así lo hice, Bruno. Desperté en un hospital de ciudad de Panamá, al parecer me llevaron allí unos militares. Luego, en mi nueva vida, unos militares chilenos que había conocido en Cabo Haitiano me reconocieron y me trajeron a Chile. Aquí estoy finalmente tranquilo, en tu casa y con trabajo.

–¿Ya no quieres volver a la otra dimensión, Frann? –acota Bruno con inquietud.

–Si me acompañas, sí. Iríamos juntos. Yo te enseño cómo.

Bruno nunca más supo de Frann, este no volvió a casa luego de un domingo. Al preguntar a su madre por el destino de su amigo, ella simplemente le respondió: Es probable que haya viajado a esa dimensión distinta y no haya querido volver.

Bruno se despidió de mí muy entristecido al término de otra sesión de terapia psicológica.

**Machann: comerciante*

**Manbo: sacerdotisa del vudú*

**Lwa: espíritu o deidad del vudú*

**Bondye: espíritu que representa la fuerza suprema*